

## Misterio meditado: La institución de la Eucaristía

Fruto del misterio propuesto: un mayor amor a Jesús Eucaristía

Este primer sábado del mes de octubre se cumple el 900 aniversario del milagro eucarístico de Bettbrunn, en Alemania. Por lo tanto, meditaremos sobre la Eucaristía, verdadera cumbre de la vida cristiana y de los primeros sábados del mes. El Santo Cura de Ars decía: *«Todas las buenas obras juntas [de toda la historia del mundo, nota del editor] no equivalen al sacrificio de la Misa, porque son obras de los hombres, y la Santa Misa es obra de Dios.»* Este misterio insondable de la Eucaristía, instituido por Nuestro Señor la noche del Jueves Santo, podría meditarse durante toda una vida. Hoy comenzaremos simplemente planteándonos la pregunta: ¿qué es realmente la Eucaristía o la Santa Misa? Destacaremos dos aspectos fundamentales:



1/ La Eucaristía, sacrificio. Es la renovación incruenta del sacrificio de la Cruz. Es decir, que Nuestro Señor se ofrece una vez más realmente como víctima por nuestra salvación. ¿Por qué? Si el sacrificio de la Cruz en el Calvario es total, completo y suficiente para nuestra redención, Jesús, en su infinita bondad y amor, ha querido hacer presente y real este sacrificio en cada misa (sin el sufrimiento ni la muerte). En cada Eucaristía, la renovación de Su sacrificio viene a reparar de nuevo los pecados que los hombres cometen cada día. La aparición del 13 de junio de 1929 a sor Lucía de Fátima ilustra perfectamente esto. Ella ve sobre el altar el cáliz y la hostia con Jesús crucificado justo detrás. (Imagen adjunta). Así, en la consagración, nosotros mismos estamos realmente al pie de la Cruz con el Corazón Inmaculado de María.

Si Cristo se ofrece al Padre por medio del ministerio del sacerdote, los fieles también tienen un papel importante que a menudo se ignora. No solo se unen interiormente al sacrificio de Cristo. Junto con el sacerdote, **ofrecen a Dios el sacrificio de Cristo**. Es un acto importante que puede parecer extraño y que requiere una explicación. Toda ofensa hecha a un Dios infinito tiene, de hecho, un carácter infinito. Ahora bien, nosotros somos simples criaturas finitas e imperfectas, por lo que nos es imposible reparar nuestros pecados por nosotros mismos: es Cristo, Hijo de Dios, quien ha venido a repararlos. Ahí reside todo el misterio de la Redención. Pero por el bautismo, nos hemos convertido en miembros del cuerpo místico de Cristo. Así, a pesar de nuestra condición de criaturas imperfectas, podremos, durante la consagración, ofrecer a Dios un sacrificio perfecto, el de Cristo mismo. Dios recibe así una justa reparación y, en consecuencia, por los méritos de Jesucristo, podremos ser salvados y obtener la vida eterna.

Aquí tocamos una de las maravillas de la Eucaristía, tan lejos de las nociones de simple «comida», «asamblea», «alabanza» o incluso «conmemoración». Estamos en la realidad y la grandeza del Sacrificio de Jesucristo, que se ofrece de nuevo por amor a nosotros. Y ante la importancia de esta verdad, el Concilio de Trento fue muy claro en este punto: *«Si alguien dice que en la misa no se ofrece a Dios un sacrificio verdadero y auténtico (...) Si alguien dice que el sacrificio de la misa es solo un sacrificio de alabanza y acción de gracias, o una simple conmemoración del sacrificio realizado en la cruz: que sea anatema».*

2/ La Eucaristía, comunión sacramental. Meditamos aquí sobre el más bello de los siete sacramentos, ya que es el único que contiene a Nuestro Señor mismo: Cristo está allí con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. Como sabemos, este sacramento se caracteriza por el cambio de sustancia (transubstanciación) del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor. Al igual que los apóstoles la noche de la Última Cena, no vemos este cambio de sustancia con nuestros sentidos. Este cambio es invisible a los ojos de los hombres y, además, imposible según las leyes naturales. Por lo tanto, cada Eucaristía es **un milagro** que requiere un **acto de fe** por nuestra parte: a pesar de que nuestros sentidos nos dicen lo contrario, nuestra inteligencia y nuestra alma nos dicen que el pan y el vino se han convertido realmente en el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

La razón de este acto de fe que se pide en cada celebración de la Eucaristía se encuentra en el Evangelio. Después de dudar de la resurrección de Jesús (y, por lo tanto, de su presencia real), Santo Tomás se encontrará frente a Él una semana más tarde y lo verá realmente presente gracias a sus sentidos. Entonces Jesús le dirá: *«Porque me has visto, has creído; ¡dichosos los que creen sin ver!»* (Jn 20,26). Dios, que quiere nuestra felicidad, nos pide, en cada misa, que creamos sin ver.

Por último, podemos considerar un segundo aspecto de la comunión. Como ya hemos subrayado, somos miembros del cuerpo místico de Cristo. Al instituir esta comunión sacramental en la Eucaristía, Nuestro Señor materializa así nuestra pertenencia a su cuerpo místico. Así se cumple su palabra del Evangelio: *«El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él»* (Jn 6,56). En su libro *El Santísimo Sacramento*, San Pedro Julián Eymard explica: *«Todos los cristianos repartidos por la superficie de la tierra son miembros del cuerpo místico de Jesucristo, por lo que Él, que es su alma, debe estar en todas partes, repartido por todo el cuerpo, dándole vida y manteniéndolo en cada uno de sus miembros».*

Las admirables características de la Sagrada Eucaristía que acabamos de ver —sacrificio, sacramento y comunión— muestran su importancia y su carácter eminentemente sagrado. Nuestra actitud, tanto interior como exterior, debe estar en consonancia con una realidad tan insondable. San Juan Eudes resumirá en una frase cómo debemos comportarnos: *«El sacrificio de la misa es algo tan grande que se necesitarían tres eternidades para ofrecerlo dignamente: la primera para prepararse, la segunda para celebrarlo y la tercera para dar las gracias como es debido».*

**Prepararse...** La grandeza de la Eucaristía requiere preparar todo nuestro ser, es decir, nuestro cuerpo y nuestra alma. El cuerpo se prepara con el ayuno eucarístico y una actitud respetuosa. El alma se prepara interiormente en recogimiento. Debemos vaciar nuestra mente de pensamientos terrenales, distracciones y rencores hacia los demás. Antes de ofrecer el sacrificio de Jesús, recordemos sus palabras: *«Si, al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve a presentar tu ofrenda.»* (Mateo 5, 23-24). Por último, en silencio, preparemos nuestro corazón para acoger a Jesús con amor y gratitud.

**Celebrarlo...** ¡Qué respeto debemos tener por Jesús, tanto en nuestra alma como en nuestra actitud exterior! Aquí comprendemos mejor las palabras de San Pablo: *«Quien coma este pan o beba de la copa del Señor de manera indigna, será culpable del cuerpo y la sangre del Señor»* (Cor 11, 27). Por eso, para poder comulgar, nuestra alma debe estar en estado de gracia (sin pecado mortal). En cuanto a nuestra actitud exterior, ¿no debemos preguntarnos cómo recibir la Sagrada Hostia? Un obispo, autor del libro *«Corpus Christi»*, explicaba recientemente que tomar a Cristo sin signo de adoración, de pie en la mano *«como se toma un caramelo»*, banaliza de manera evidente la Eucaristía y conduce fatalmente a una pérdida del sentido de lo sagrado. Aprovechemos esta meditación para reflexionar en conciencia sobre esta importante cuestión.

**La acción de gracias...** Tengamos en cuenta que la presencia física de Jesús en nosotros dura unos quince minutos, tiempo tras el cual la Sagrada Hostia es absorbida físicamente por el organismo y la presencia física real de Cristo desaparece. ¿Y qué hacemos durante esos quince minutos? ¿Le hacemos compañía como a una persona a la que amamos por encima de todo o nos olvidamos de Él al cabo de unos segundos? ¿Nos quedamos con Él en la iglesia mientras está en nosotros o nos apresuramos a charlar? También en este caso, reconsideremos nuestra actitud después de la comunión.

Para hacer una comunión santa y piadosa, no olvidemos que contamos con una ayuda incomparable: la Santísima Virgen. Ella fue la primera en recibir el cuerpo de Jesús en el momento de la encarnación. Mejor que nadie, supo acompañarlo, amarlo y hablarle en ese momento. El papa Benedicto XVI nos indicaba este camino: *«Que la Virgen María, Mujer eucarística, nos introduzca en el secreto de la verdadera adoración. Su corazón, humilde y sencillo, estaba siempre recogido en torno al misterio de Jesús, en el que adoraba la presencia de Dios y su Amor redentor».*

Por eso, antes de cada comunión, pidamos a Nuestra Señora que nos ayude a comprender mejor la grandeza de la Eucaristía; que nos ayude a acompañar a su Hijo Jesús durante esos quince minutos en los que Él está en nosotros. Ella es nuestra Madre y nos dará todas las gracias necesarias para lograrlo.

**Autor: Alianza 1<sup>er</sup> sábados de Fátima**